

paz, sin sentido alguno para las cosas del mundo, de las cuales nada entiende. ¡Quiere libertarla de la servidumbre con que liga á los hombres el resultado feliz de sus afanes!

Después le muda Dios la manera de orar. La oración vocal la cansa; ya no encuentra en ella el alma la unción y el gusto divino que otras veces encontraba: hace oración vocal por deber, mas no porque sienta inclinación á ella. Los libros le causan tedio: su corazón no encuentra ya alimento suficiente en ellos, ó no los entiende, porque ya no expresen sus pensamientos. En cambio se siente atraída, suave y poderosamente, á orar interiormente en silencio, en paz en la presencia de Dios. En tal estado no advierte sus propias obras, sino sólo la obra de Dios. No busca tal ó cual medio: está en su fin, en Dios. Piérdese enteramente de vista á sí misma, pues más que en sí, está en Dios y la domina el encanto y la belleza de su verdad y la bondad de su amor.

¡Oh dichoso momento aquel en que Dios nos atrae á sí de este modo! Con más frecuencia nos atraería si nosotros estuviésemos más desligados de afectos terrenos, si fuésemos más puros en nuestras obras, más sencillos en nuestro amor. Dios sólo desea comunicarse á nosotros, pero quiere ser el rey de nuestro corazón y el señor de nuestra vida. Quiere serlo todo en nosotros.



EL RECOGIMIENTO, ALMA DE LA VIDA DE ADORACIÓN

María, sedens secus pedes Domini, audiebat verbum illius.

Unum est necessarium (ait Dominus): Maria optimam partem elegit.

María, sentada á los pies del Salvador, oía sus palabras.

Una sola cosa es necesaria (dijo el Señor), y María ha escogido la mejor parte.

(Luc., X, 39, 42.)

LA virtud característica y dominante de un adorador es la virtud del recogimiento, mediante la cual el alma domina y gobierna en la presencia de Dios, y con auxilio de la gracia, todos sus sentidos y potencias.

El alma recogida es semejante al piloto que con el timón gobierna á su arbitrio el buque; es como el espejo que forman las aguas límpidas y puras, en que Dios se mira con alegría; es como el espejo argentino en que Dios se retrata en cierto modo, en

el esplendor de su luz, tan admirablemente reflejada por el alma recogida en su presencia.

¡Cuán dichosa es este alma tan amada de Dios! No pierde ni siquiera una palabra de las que salen de la boca de Dios, ni el sonido de su voz, ni mirada ninguna de sus ojos.

Procura, pues, llegar á este precioso estado, fuera del cual todo tu trabajo sería como árbol sin raíces, como tierra árida y seca. En cada uno de los estados de la vida hay cierta medida de felicidad, y esta felicidad depende de ciertas condiciones. Unos la hallan en la penitencia, otros en el silencio, otros en las obras de celo. Los adoradores sólo la encuentran en el santo recogimiento en la presencia de Dios: así el niño sólo es dichoso en el seno de los suyos; el bienaventurado en el cielo, en el seno de Dios.

II

Mas ¿cómo podemos adquirir y conservar el santo recogimiento? Empezad cerrando las puertas y ventanas de vuestra alma: recogerse es reconcentrarse en Dios; hacer un acto de recogimiento es ponerse enteramente á disposición de Dios; tener espíritu de recogimiento es hallar placer en vivir uno recogido.

Pero el recogimiento no sólo necesita de la gracia; exige además un centro divino. El hombre no ha sido criado para detenerse en el bien que hace, que esto sería idolatrar en sus obras: el fin principal del hombre no puede ser la virtud, pues esta es sólo un medio, un camino que es preciso seguir, pero sin hacer en él nuestra morada. Ni aun el mismo amor puede ser centro, sino en cuanto nos une con el objeto

amado, porque de otro modo languidecería y sufriría como la Esposa de los cantares, que buscaba desolada al Amado de su corazón. En Jesús, pues, en Jesús amantísimo es donde debéis poner el centro de la vida de vuestro recogimiento, porque sólo en Él hallaréis la libertad sin trabas, la verdad sin nubes, la santidad en su fuente: á vosotros principalmente, que queréis vivir de la Eucaristía, es á quien ha dicho Jesús: «El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.» Notad que Jesús permanece en nosotros en razón de permanecer nosotros en Él, aunque Él es quien nos llama á esta unión, quien nos da la gracia de deseirla, quien nos penetra y atrae, contentándose con que nosotros le ayudemos con nuestras débiles fuerzas. Este es, pues, el valor y la fuerza del santo recogimiento; mutua morada, sociedad divina y humana que se establece en nuestra alma, en nuestro interior, con Jesucristo presente en nosotros con su espíritu.

III

Porque ¿cuál es el lugar donde se hace la unión entre Jesucristo y nosotros? En nosotros mismos es donde se obra esta mística alianza. La unión se hace, se practica en Jesús presente en mí. No hay cosa más cierta que ésta: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y nosotros vendremos á él y fijaremos en él nuestra morada». El espíritu de Jesús habita en nosotros como en su propio templo: nos ha sido dado para que permanezca con nosotros. Así, dice la *Imitación*: *Eia, anima fidelis, praepara huic Sponso cor tuum quatenus ad te ve-*

nire et in te habitare dignetur. «Ea, pues, alma fiel, prepara tu corazón para que tu Esposo venga a ti y fije en ti su morada.»

¿Y por qué ha escogido Nuestro Señor lo interior del hombre como centro de su unión con él?

Porque ha querido obligar al hombre á entrar dentro de sí mismo. El hombre huye de sí mismo como se huye de un criminal; se teme á sí mismo como se teme á obscuro calabozo; porque el hombre verdaderamente es todo esto: pues se avergüenza y siente horror de sí mismo, naturalmente busca las cosas exteriores. Por efecto de esta huida del hombre lejos de su propio corazón, Dios se ve abandonado de su criatura, á quien ha dado el ser para que ella sea templo suyo y trono de su amor. Así no puede Dios obrar en el hombre y con el hombre. Queriendo, pues, obligarlo á entrar dentro de sí mismo viene á él, habla á su corazón, y no á sus oídos; viene á nosotros en el Sacramento para vivir espiritualmente en nosotros; el Sacramento es el velo que le oculta, velo que luego se desgarrar y pone delante de nuestro espíritu á la Santísima Trinidad. No de otra manera el éter contenido en el globulito que entra por la boca se difunde en las vísceras de nuestro cuerpo cuando por la acción del calor natural se rompe la envoltura que lo contiene. Jesucristo qui-re, pues, que lo interior del hombre sea su verdadero templo, para que el hombre no esté lejos de la casa de su Señor, sino antes le halle fácilmente, como á Señor, como á modelo y gracia suya que es; de suerte que no tenga necesidad de esforzarse para esto, sino le baste recogerse dentro de sí mismo en Jesús: así en todos los momentos de la vida puede el hombre recogido ofrecerle el homenaje de sus actos, los sen-

timientos de amor de su corazón, y mirarle con esas miradas que todo lo dicen y que todo lo dan. Porque estas palabras de la *Imitación* son la expresión perfecta de esta vida de recogimiento interior: *Frequens illi visitatio cum homini interno dulcis sermocinatio, grata consolatio, multa pax et familiaritas stupendas nimis.* «Jesús visita frecuentemente al hombre interior; le habla muchas veces, le consuela amorosamente, y mantiene con él maravillosa familiaridad.»

¿Es posible que Dios vaya de esta suerte en pos de un alma? ¿Que esté así á su disposición, que haga su morada en un cuerpo tan vil, en un alma tan terrena, tan miserable, tan ingrata? Sin embargo, todo esto es divinamente cierto.

IV

Mas ¿cómo alimentaremos y perfeccionaremos el santo recogimiento? ¿Cómo viviremos de amor? De la misma manera que conservamos el fuego, la vida del cuerpo, la luz: dándole siempre nuevo alimento.

Es necesario que fortalezcamos al hombre interior, que es Jesucristo, en nosotros, que le recibamos, que le hagamos nacer y crecer mediante nuestras obras, nuestras oraciones y lecturas, mediante nuestros trabajos, mediante las acciones todas de nuestra vida; mas para conseguir este fin hemos de renunciar por completo á la persona de Adán, á sus miras y deseos, y vivir bajo la dependencia de Jesús, presente en nuestro interior: es preciso que los ojos de nuestro amor estén siempre mirando á Dios en nosotros; que tributemos á Jesús el homenaje afectuoso,

así de cada uno de nuestros placeres como de nuestros dolores, que advirtamos en nuestro corazón el dulce sentimiento de su presencia, como la de un amigo á quien no vemos, pero á quien sentimos cerca de nosotros. Contentaos ordinariamente con estos medios, que son los más sencillos y os dejan libertad de acción y de atención para cumplir vuestros deberes. Tales medios serán una como dulce atmósfera en la cual viviréis y trabajaréis con Dios: y ¡plegue al cielo que los frecuentes transportes de amor, las oraciones y jaculatorias y los clamores de vuestro corazón hacia Dios, presente en vosotros, acaben por hacer que sea cosa enteramente natural en vosotros el pensar y sentir que Dios está presente en vuestros corazones!

V

Mas ¿cuál es la causa porque el recogimiento sea tan difícil de adquirir y tan trabajoso de conservar? Fácil es hacer un acto de unión con Dios, pero muy difícil vivir vida continua de unión con Él. ¡Ah! nuestro espíritu se ve combatido por diversidad de pensamientos que le hacen divagar; nuestra imaginación se desborda, nos divierte y nos extravía; nosotros no estamos con nosotros mismos; los quehaceres del espíritu ó del cuerpo nos reducen á un estado de servidumbre; la vida exterior nos lleva en pos de sí: ¡somos tan impresionables aun en la más leve ocasión! Entonces viene la derrota. Por esta razón nos cuesta tanto recogerlos en la presencia de Dios.

Para asegurar, pues, la paz de vuestro recogimiento, nutrid vuestro espíritu con alguna verdad predilecta que él desee conocer, y de esta suerte le

tendréis ocupado como á un estudiante; dad á vuestra imaginación sustento puro y análogo al objeto que os ocupa: si el simple afecto de vuestro corazón fuera bastante para mantener en paz vuestro espíritu y vuestra imaginación, dejadlos tranquilos y no los excitéis.

También Dios nos da muchas veces una unión de gracia, un recogimiento tan suave, que se desborda y se difunde y llega aun á los sentidos: este recogimiento es un como encanto divino; procurad entonces no salir de esta contemplación y dulce paz: permaneced en vuestro corazón, porque allí es donde únicamente reside nuestro Señor y nos hace oír su voz. Cuando conozcáis que esta gracia sensible decae y se va desvaneciendo poco á poco, retenedla, haciendo actos positivos de recogimiento: llamad al espíritu en vuestro auxilio; nutrid vuestro entendimiento con alguna verdad divina, á fin de adquirir con vuestro recogimiento el efecto que Dios habrá comenzado á obrar en vosotros con la suavidad de su gracia.

No olvidéis jamás, que la medida de vuestro recogimiento será la medida de vuestra virtud y la medida de la vida de Dios en vosotros.





LA VIDA DE ORACIÓN

*Ego cibo invisibili et
potu, qui ab hominibus vi-
deri non potest, utor.*

Tengo una comida y
una bebida invisibles á los
ojos de los hombres.

(Tob., XII, 19.)

HAy en el hombre dos vidas: la del cuerpo y la del alma, cada una de las cuales sigue en su propio orden las mismas leyes.

La vida del cuerpo depende en primer término de los manjares con que el hombre se sustenta: si el alimento es bueno, el hombre goza de salud; en segundo término depende del ejercicio, mediante el cual se desarrolla y adquiere fuerzas, y, finalmente, del reposo con que repara sus fuerzas. Cualquier exceso ó defecto en este orden es principio de enfermedad ó de muerte.

Estas mismas leyes rigen al alma en el orden sobrenatural, y el alma debe cumplirlas lo mismo que el cuerpo.

Ahora bien: el manjar, el sustento, la vida del alma es Dios. Acá en la tierra es Dios conocido, amado y servido mediante la fe, y en el cielo es el mismo Dios visto, poseído y amado directamente. El alma se alimenta de Dios mediante la meditación de su palabra, mediante la gracia y la plegaria, que es el fondo de la oración y el medio único de obtener la gracia divina.

Y así como en el orden de la naturaleza cada uno de los hombres necesita de manjares diferentes según su edad, su temperamento, el trabajo á que haya de aplicarse y las fuerzas que consume, así cada una de las almas necesita de una dosis especial de oración. Notad bien que lo que sostiene en nosotros la vida divina no es la virtud, sino la oración, porque la virtud es sacrificio, gasto de fuerzas, pero no manjar. Mas quien sabe orar según sus propias necesidades, posee la ley de su vida. Esta ley no es la misma para todos los hombres: unos necesitan de orar mucho; á otros les basta orar menos para mantenerse en estado de gracia. Esta observación es absolutamente exacta, según lo acredita la experiencia.

Mirad, por ejemplo, un alma que con poca oración tiene bastante para perseverar en la gracia: no volará muy alto, pero no necesita de más.

Ved otra á quien, aun orando mucho, le cuesta gran trabajo mantenerse en estado de gracia. Siente la necesidad de orar, y por lo mismo debe hacer constante oración. Este alma es semejante á esas naturalezas débiles que para conservar la salud necesitan de alimentos con mucha frecuencia.

Hay oraciones obligatorias en ciertos estados. Así el sacerdote está obligado á rezar las horas divinas,

los religiosos las oraciones que prescribe la regla de cada uno. Estas oraciones ninguno puede omitirlas nunca, ni abreviarlas por autoridad propia.

Pero la piedad convierte á los simples fieles en religiosos que viven en medio del siglo. Á estas almas les pide la gracia de Dios otras oraciones, además de las de la mañana y las de la noche. Esta es condición esencial para perseverar en la piedad.

Sabéis ya que hay dos maneras de oración: la oración vocal, de que acabamos de hacer mención, y la oración mental, que es el alma de ésta. Si por ventura el alma no hace oración, si la intención no se dirige á Dios cuando hacemos oración vocal, las palabras no significan nada, pues éstas reciben su valor de la intención, del corazón.

Mas ¿será necesaria la oración mental, considerada en el sentido estricto de meditación? Por lo menos es muy útil, pues todos los Santos la han practicado y recomendado; es, además, muy útil, porque sin ella es difícil llegar á la santidad.

Esto me conduce á decir que hay una oración necesaria, otra oración de consejo y otra de perfección.

Sin duda hay obligación rigurosa de hacer oración, so pena de condenación eterna. Abrid el Evangelio y veréis el precepto de la oración. La medida de la oración no está marcada en él, porque la han de dar las necesidades de cada uno. Así, pues, debéis orar lo que sea necesario para que os mantengáis en estado de gracia y podáis cumplir con fidelidad vuestros deberes.

Si no oráis lo bastante, seréis como el que va nadando, pero no mueve los brazos cuanto necesita para sostenerse; que ciertamente se ahoga. Si no

redobla sus esfuerzos, se irá al fondo por su propio peso.

Quando os veáis fuertemente estrechados por las olas de las tentaciones, redoblad vuestras oraciones. Esta es la regla que seguís en todas las cosas: aplicar el remedio según la necesidad. ¡Y cuán grave negocio es éste de hacer oración según nuestras necesidades! De guardar esta debida proporción depende nuestra salud. Si faltáis fácilmente á los deberes de vuestro estado, ciertamente no hacéis bastante oración y os condenaréis por eso. Invocad á Dios, moveos. La miseria humana os ha retrasado en vuestro camino, y si no resistís fuertemente, os derribará por tierra. Orad, pues, cuanto hayáis necesidad, para ser verdaderos cristianos.

La segunda oración, de consejo, es la del alma que desea unirse con Dios, entrar en su cenáculo. Aquí es necesario orar más, porque las obligaciones de este estado son más estrechas. Así como la amistad íntima exige que los amigos se visiten y se traten con frecuencia, así el que quiera vivir en la intimidad de Jesús ha de visitarle más frecuentemente, ha de orar más. ¿Queréis seguir al Salvador? Pues no os faltarán empeñados combates, en que es preciso que venzáis; orad, pues, si queréis recibir las gracias y auxilios que necesitáis para obtener la victoria.

La tercera oración, de perfección, es la del alma que quiere vivir de Jesús, que toma por regla de su conducta la voluntad de Dios en todas las cosas. Estas almas llegan á tratar familiarmente con Dios, y á vivir en Dios y por Dios. Así es la vida religiosa: vida de perfección para los que la comprenden, en la cual el alma se da á Dios para que Él sea

nuestra única ley, nuestro fin, nuestro centro, nuestra felicidad. Todo el deleite de estas almas consiste en hacer oración. Lo cual no es extraño; porque si ellas oprimen su imaginación y sujetan su espíritu, Dios, en recompensa, derrama en su corazón la abundancia de sus más dulces consuelos. ¡Cuán raras son estas hermosas almas! Sin embargo, no faltan algunas. ¿Y qué no serán capaces de hacer en tal estado? Los Santos convertían países enteros haciendo oración. ¿Y eran ellos los que más oraban en el mundo? No siempre; pero hacían oración con todas sus potencias. Sí: todo el poder de los Santos—¡y cuánto podían!—estaba en su oración.

Pero ¿cómo podremos saber si hacemos la oración necesaria, según el estado de cada uno? Será suficiente vuestra oración, si progresáis en la virtud. Conocemos que una persona toma el alimento suficiente cuando vemos que digiere sin dificultad y que goza de salud firme y robusta.

¿Os sostiene la oración que hacéis en la gracia de vuestro estado? Pues, en este caso, digerir bien. Si las alas de la oración os elevan en las alturas, el alimento que tomáis es suficiente, y cada vez os remontaréis mas arriba.

Pero, por el contrario, cuando las oraciones que hacéis sólo os dan fuerzas para volar rastreramente, y á cada momento creéis que vais á caer, sabed que no son suficientes para que dominéis la miseria del hombre viejo. Esta falta de fuerzas probaría que orabais poco y mal, y que mereceríais la censura que dirigió el Salvador á los judíos cuando dijo: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.»

¿Qué sucederá entonces? Una inmensa desdicha: que nos moriremos de hambre en presencia de la mesa real del Salvador. Estamos muy enfermos, próximos á la muerte. El Pan de vida se nos ha convertido en manjar mortífero, el buen vino en veneno mortal. ¿Qué remedio nos queda? Ninguno. — Si quitáis al cuerpo el sustento, pronto desfallece y muere; si quitáis al alma la oración, á un adorador la adoración, todo se acaba; el alma cae, y cae para siempre.

Pero ¿será esto posible? No sólo es posible, sino cierto. Ni aun la confesión podrá salvaros, porque la confesión sin contrición de nada sirve; y por otra parte, ¿qué es la contrición sino una oración mas perfecta?

La Comunión tampoco os servirá; pues ¿qué efecto podrá causar la Comunión sobre un cádaver que no sabe hacer más que abrir los ojos estupefactos?

Y si Dios quiere obrar un milagro de misericordia, todo lo que podrá hacer será que volváis á cobrar amor á la oración.

El que ha perdido la vocación, quien ha dejado de vivir piadosamente, empezó omitiendo la oración. Las tentaciones fueron cada vez mas violentas, los enemigos le saltaron con más furor, y él, habiendo dejado sus armas, fué vencido. Fijaos bien en este punto, que es de la más decisiva importancia. Por esta razón nos conjura la Iglesia que nos guardemos de descuidarnos en el ejercicio de la oración, y nos exhorta á orar con la mayor frecuencia posible. La oración es nuestro guía, es nuestra vida espiritual, y sin ella no podemos menos de tropezar á cada paso.

¿Sentís acaso la necesidad de orar? ¿Vais á hacer

oración, á adorar á Jesús con tanta facilidad como á la mesa? Entonces todo va bien. ¿Procuráis corregiros de vuestros defectos y ser mejores? Esto es buena señal. Esto es prueba de que os sentís con fuerzas para trabajar.

Pero si la adoración os causa tedio, si esperáis con júbilo el momento de salir de la iglesia, enfermos estáis, lástima me causáis.

Se dice que el que goza en abundancia de manjares exquisitos acaba por aborrecer los mejores, y que siente náuseas sólo de gustarlos.

Guardaos mucho de esto en el servicio de Dios, cuando estéis á la mesa del Rey de los reyes. No permitamos jamás que el hábito nos haga insensibles; suscitemos siempre en nuestra alma algún sentimiento nuevo que nos recoja, que inflame nuestro corazón y nos haga orar. ¡Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia! Es necesario sentir esta hambre, excitarla en nosotros y huir de perder el gusto espiritual; porque, os lo repito, Dios no podrá salvarnos sin hacernos orar. Vigilemos, pues, con suma diligencia sobre nuestras oraciones y sobre la manera de hacerlas.

